

CAPÍTULO I

Argumentos sobre subjetividad fascista y afectos

Ignacio Dobles
Helga Arroyo Araya

*Pero incluso en los tiempos más oscuros, siempre hay un rayo de esperanza
Y de eso se trata la historia, es la historia de la raza humana.
Un ciclo interminable de altibajos, pero mientras sigamos avanzando
Siempre hay una oportunidad para un mañana mejor (Bertold Brecht)*

Este texto intenta establecer líneas de indagación teórica que aporten al esclarecimiento del surgimiento y fortalecimiento de opciones y, sobre todo, movimientos que consideramos pueden vincularse con una *subjetividad fascista*. Intentaremos caracterizar, en lo que sigue, la manera en que esta forma histórica ubica y define contextos específicos, promoviendo odios contra determinados grupos en la sociedad, y vulnerando severamente principios democráticos en la vida sociopolítica, con sus aspiraciones de pureza y rasgos necro políticos.

La laceración de preceptos derivados de la ilustración, como la igualdad, la democracia y los derechos humanos, es hoy en día, en América Latina, asunto de *lawfare*, de violencias e intervención extranjera, pero también de subjetividades. Podemos evidenciar expresiones de dichas tendencias en varios países latinoamericanos. El bolsonarismo en Brasil sería un ejemplo paradigmático, pero no el único.

Evidentemente existen particularidades, contextos históricos y culturales diferenciados que marcan las experiencias, pero en estas páginas queremos apuntar a lo que puede haber de común en la constitución y afirmación de subjetividades con un “desagrado”, ácido, que han conducido al fortalecimiento de opciones de derecha extrema, promoviendo formas de violencia racistas, clasistas, patriarcales y coloniales.

Sí, a la manera spinoziana, los afectos alegres potencian perseverancias del ser, animando encuentros con otros cuerpos para afianzar emociones, y si los afectos son fundamentales para el accionar político, ¿que ocurre con la afectividad en la subjetividad fascista? ¿Qué ocurre cuando esa potenciación de formas de ser fortalece odios y discriminaciones? Como escribe Spinoza, “nuestra alma hace algunas cosas y padece otras, a saber,

en la medida en que tiene ideas adecuadas, necesariamente hace algunas cosas, y en la medida que tiene ideas inadecuadas, necesariamente padece algunas” (Spinoza, 2000, p. 127).

Examinaremos quitar en lo que sigue algunos ejes de discusión que consideramos pueden proveer claves para esbozar respuestas a las interrogantes presentadas. Para organizar y direccionar la discusión, compartimos y argumentamos, a continuación, un conjunto de tesis sobre la subjetividad fascista hoy. Estas claves son i) el ascenso de una subjetividad fascista es producto de una crisis sistémica, ii) la prevalencia de los mitos y de una afectividad iracunda en las subjetividades fascistas, iii) el fascismo opera con nuevas formas de subjetividad que se da en marcos capitalistas y racistas en que se fortalece la necropolítica y la deshumanización de grupos humanos, iv) las subjetividades fascistas no son asuntos de mero “retorno al pasado” sino que tienen características disruptivas y rebeldes.

2. El ascenso de una subjetividad fascista es producto de una crisis sistémica

Ya fue bastante denunciado que la ontología de la violencia favorece el pensamiento político de todas las doctrinas racistas y eugenistas, al excluir la idea de humanidad que garantice el principio de igualdad (Bader Sawaiia)

No podemos dejar de lado la noción de que el fortalecimiento de opciones afines al fascismo es producto, precisamente, de las consecuencias del capitalismo y de las contradicciones y fracturas que genera, que agudizan tendencias disruptivas en contextos en que han actuado con relativa comodidad, muchas veces, sistemas socio políticos que argumentan basarse en características de la Ilustración, en sus aspectos aspiracionales de promover libertad, equidad y la consideración de que se deben establecer derechos humanos universales. Que no se hayan cumplido estas metas, como discutían Horkheimer y Adorno (2001), en contextos de dominación, desigualdad, marginación y violencia, ha fortalecido la búsqueda de estas opciones alternativas regresivas.

Horkheimer (1986) afirmaba que las imposiciones producidas por la civilización actual producen agresividades latentes, que si son captadas por filosofías nihilistas y pueden derivar en racismo y violencia nacionalista. En esta línea, Adorno (2003) advierte que la potenciación de estas agresividades derivadas de las regulaciones civilizatorias parecieran provocar una disputa entre el encierro y la huida:

Puede hablarse de una claustrofobia de la humanidad dentro del mundo regulado, de un sentimiento de encierro dentro de una trabazón completamente socializada, constituida por una tupida red. Cuanto más espesa es la red, tanto más se ansía salir de ella, mientras que, precisamente, su espesor impide cualquier evasión. Esto refuerza la furia contra la civilización, furia que, violenta e irracional, se levanta contra ella (p. 82).

La pregunta que emerge es ¿qué pasa cuando las circunstancias históricas, sociales, económicas y políticas desbordan el mal-estar? Ungh (2019), fundamentado en los escritos de Deleuze y Guattari, destaca: “[...] consideramos que el fascismo emergió como forma de contención de la inseguridad de la población en relación a las agruras de la guerra y la propagación de la explotación y la miseria intensificadas por el capitalismo” (p. 140).

Como lo señala Bobbio (2006) el fascismo se presenta como una ideología de ruptura, como un movimiento de salvación, de apelación unitaria, mítica, y afectiva, que emerge como respuesta a la crisis. Bobbio lo denomina una ideología de la crisis manifestándose principalmente a través de la disgregación del ordenamiento existente. Al respecto, Hannah Arendt (2017) argumenta que:

El escape de las masas de la realidad es un veredicto contra el mundo en que son obligados a vivir y en el cual no pueden existir, ya que la coincidencia se ha convertido en su maestro supremo y los seres humanos necesitan la constante transformación de condiciones accidentales y caóticas en un patrón- hecho por humanos de consistencia relativa” (p. 461).

El fascismo y el nazismo, que aventajaban a otros movimientos de extrema derecha de su tiempo por su actividad, desafiante, disruptiva y violenta, se presentan como respuestas a la crisis generada por la modernización del capitalismo. El mismo Hitler afirmaba que “no son los éxitos pasajeros de la demagogia que ganan a las masas, sino la realidad visible y el poder de una organización viva” (Arendt, 2017, p. 473). Kershaw (2004) señala que lo que distingue al nazismo de otras corrientes de derecha en Alemania fue la capacidad organizada de acción. Enfatizaban una praxis, disruptiva y violenta, estimulando y canalizando odios y deseos reprimidos. Obviamente que para que esto funcionara tenía que haber un sedi-

mento, una base posibilitadora, anclada históricamente.

Dorna (2003) comenta que mientras que la política burguesa imperante se ve degradada por la corrupción y los dobles discursos “la historia muestra otra constante insólita: los candidatos a tiranos dicen, generalmente, lo que piensan y hacen lo que dicen, lo cual no solo contrasta con la conducta de la clase política, sino que constituye uno de sus méritos mayores a los ojos del pueblo insatisfecho” (p. 182)

Como en la época de ascenso del nazismo y del fascismo italiano, lo que se pone en extrema tensión hoy es el rechazo de las aspiraciones derivadas de la ilustración, es decir, de la vigencia de derechos humanos universales, de la noción de que todos los seres humanos tienen derechos, la aspiración a la democracia y a la libertad, de la perfectibilidad de la experiencia humana en beneficios de todos. Es difícil, por ejemplo, concebir que los extremistas bolivianos que agreden a sus poblaciones indígenas o que los bolsonaristas insurreccionados estén partiendo de la premisa de que todos los seres humanos tienen derechos universales. Como lo señalan Sternhell, Sneijder y Asheri (1994) “el fascismo se rebela contra la modernidad en cuanto esta se identifica con el racionalismo, optimismo y humanismo del siglo XVIII” (p. 7) pero se desarrolla en el marco capitalista. Snadjer (1997) afirma que

No se trata de revertir la industrialización, la urbanización y ni siquiera la masificación social, sino de suministrar a estos fenómenos marcos culturales y políticos adecuados, ya que hacia finales del siglo pasado tanto la democracia liberal como el socialismo parecían vivir crisis continuas y se mostraban incapaces de proporcionar las soluciones requeridas (p. 7).

El cambio debe efectuarse dentro del marco de la economía de mercado, rechazando frontalmente, a la vez, a una cultura política democrática y liberal, que se pretende destruir (Snadjer, 1997). Sternhell, Snadjer y Asheri (1994) señalan que

La revolución fascista pretende cambiar la naturaleza de las relaciones entre el individuo y la colectividad sin que por ello sea necesario romper el motor de la actividad económica: la tendencia de beneficio-ni abolir sus cimientos- la propiedad privada o destruir el marco indispensable- la economía de mercado (p. 7).

Respondiendo a lo anterior, Falasca (2003) sintetiza lo que está en juego aquí en la forma de actuación del fascismo:

Tanto el facismo como el nazismo crearon un modelo político-cultural, fundado sobre contradicciones básicas, que les permitían invocar la tradición a la vez que aceptan y explotan la tecnología; condenar la racionalidad, mientras aplican métodos racionales para el gobierno de lo social; aplaudir el pasado pero también saludarse como comienzo de una nueva época heroica (p. 65-66).²

3. La prevalencia de los mitos y de una afectividad iracunda en las subjetividades fascistas

Todo misticismo del cual el fascismo forma parte descansa en último análisis en los deseos no satisfechos de las masas (Alejandro Dorna)

El mito es un hecho social que construye realidades, impone prescripciones, otorga explicaciones del mundo de la vida, interpela afectivamente, y ejerce un impacto en la constitución de subjetividades. Este elemento constituye, a su vez, un recurso de fortalecimiento identitario, porque tiene un doble función: social y psíquica (Martínez, 2011). Situar la forma en la que opera lo mítico en la subjetividad fascista resulta central porque permite entender cómo se produce un engranaje afectivo, cognitivo, figurativo y simbólico que se ancla en la consciencia de las masas y produce sentido.

Sorel (1908) en su texto titulado *Reflexiones sobre la violencia* puntualizó los mitos eran “sistemas de imágenes, construcciones que permiten a los hombres que participan en los grandes movimientos sociales representarse su acción inmediata bajo la forma de imágenes de batalla que aseguran el triunfo de sus causas” (p. 29). Para el autor, el mito no implica descripciones, sino expresiones de voluntad: “capaces de evocar en bloque y exclusivamente a través de la intuición, previo a cualquier tipo de análisis reflexivo, la masa de los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra” (p. 124). Lo que inspira a las personas para

2 “Both fascism and nazism created a cultural-political model, founded on basic contradictions, that allowed them to invoke tradition and at the same time accept and exploit technology; to condemn rationality, while applying rationalistic plans to the government of the social; to applaud the past but also salute themselves as the beginning of a new heroic era” (FALASCA, 2003, p. 65-66).

la acción, escribe O Sullivan (1983), no son los gobiernos parlamentarios, ni los intereses económicos, sino los mitos, y la fe que generan, con sus imágenes de batalla, tratándose de las huelgas generales o de la nación y la sangre (el nazismo).

Sorel (1908) desplaza el mito de la esfera del intelecto y lo instala en el lugar de las afectividades y de la acción. Para el autor, la función de lo mítico no consiste en estabilizar, sino en movilizar la actividad, a través de imágenes que traducen las relaciones de ideas en relaciones de hechos. No pueden, por lo tanto, ser interrogados desde la racionalidad, o ser regulados, porque no expresan pensamientos abstractos (O Sullivan, 1983).

Para entender esta configuración de lo mítico en la lógica fascista, recurrimos al texto siempre vigente de Freud (1939) *Psicología de las masas y análisis del yo*. El autor discute a Le Bon (1895), particularizando la noción de la masa como constuida por conjunto de personas con ligazones libidinales entre sí, basadas en identificaciones ambivalentes y en el revestimiento erótico y amoroso hacia un líder que es colocado en el lugar del ideal del yo: “una tal masa primaria es una reunión de individuos, que han reemplazado su ideal del yo por un mismo objeto, a consecuencia de lo cual se ha establecido entre ellos una general y recíproca identificación del yo (p. 50). La distancia entre el yo y el *ideal del yo* se borra y los límites se rompen. La masa quiere ser dominada, ávida de autoridad y de una inagotable sed de sometimiento, se somete instintivamente a aquel que se erige en su jefe (Le Bon, 1985 apud Freud, 1939).

Freud (1939) señala que la sugestibilidad de la masa está determinada por el prestigio del líder y su consecuente idealización. En esta dinámica afectiva, la mitificación es un recurso indispensable. El líder es colocado en el lugar del héroe, que ostenta la promesa de salvación ante la crisis. En el fascismo se explota la idea mítica de la omnipotencia del líder como hombre superior, y desde este lugar justifica la violencia. Como apunta Palma (2019), los sentimientos míticos se fusionan con la brutalidad sádica:

Eso que el discurso promete se hace realidad al legitimar la violencia contra quienes son diferentes. Tanto discursivamente como en las prácticas se legitima el abuso contra quienes son señalados como inferiores, se naturaliza la idea de que hay unas personas que mandan y tienen el poder sobre otros; así, el fascismo vive de la reproducción indefinida de la experiencia de la omnipotencia para unos y la impotencia para otros (Palma, 2019, p. 231).

La política sería “la forma racional de explotar el fondo irracional de las masas” (Moscovici, 1985, p. 53). Reich (1983) aporta análisis clave para comprender este fenómeno a través de la noción de la fuerza social del irracionalismo en movimiento, como una especie de teatralización de la política. Define fascismo como “la actitud emocional básica del hombre autoritariamente sojuzgado de la civilización maquinista y de su concepción vital místico-mecanicista. Es el carácter místico-mecanicista de los hombres de nuestra época el que crea los partidos fascistas y no a la inversa” (Reich, 1981, p. 11).

Con este uso racional de lo irracional, el gran logro es el de llevar adelante una revolución o renovación espiritual, apelando a las raíces culturales e intelectuales conservadoras, y utilizando el odio a la diferencia como arma ideológica (Dobles, 2003). Esta apelación está basada en “una cultura fundada en el pensamiento mítico y en el sentimiento trágico y activista de la vida, que es concebida como manifestación de la voluntad de poder en el mito de la juventud como artífice de la historia y en la militarización de la política como modelo de vida y de organización colectiva” (Gentile, 1973, pp. 25-26).

Lo mítico se instaure en la repetición: “con la exposición y la veneración de los símbolos, con el sugestivo reclamo a la solidaridad colectiva hasta alcanzar, en los momentos de alta tensión psicológica y emotiva, la fusión mística de la propia individualidad con la unidad de la nación y de la raza” (Gentile, 1973, p. 31). Reich (1983) es agudo al apuntar la urgencia de explicar cómo ha sido posible que la mística prime en el anclaje afectivo de sus estructuras:

Si se lanzan burlas contra la mística, si, sin intentar explicarla, nos deshacemos de ella tachándola de ceguera o de psicosis, no obtenemos ninguna práctica para luchar contra la mística. Por el contrario, si podemos explicarla de forma materialista, debemos obtener forzosamente un contraveneno político contra ella (p. 60).

Para el autor, la carga afectiva de estas actitudes psíquicas está en contradicción con la realidad sociopolítica. Sin embargo, la semilla fascista puede florecer porque encuentra andamiaje en la estructura de la familia moderna de clase media, donde se despiertan los nexos afectivos vinculados a una figura paterna autoritaria hacia el interior y sumisa hacia el exterior. Lo anterior queda abigarrado en el nexo con la madre núcleo subjetivo-afectivo, donde recaen las representaciones de la patria y la na-

ción (Palma, 2019). Para Reich (1983), la estructura est caracterizada por su modo de pensar metafísico, mítico, de creencia absoluta en ideales abstractos y misiones divinas.

Estos rasgos fundamentales se relacionan con un estrato más profundo que está caracterizado por un fuerte vínculo autoritario a un ideal del «Führer» o a la nación. La creencia en una «raza de señores» se convierte en el resorte más poderoso tanto de la vinculación de las masas nacional-socialistas al «Führer» como de la base psicológica del enrolamiento libremente consentido. Además, lo que desempeña un papel decisivo, es la identificación intensa con el «Führer» (p. 107)

En su dependencia psíquica, cada nazi se considera un «pequeño Hitler» (Reich, 1983) lo que conlleva una fuerte identificación, sobreestimada. Barros (2021) afirma que la obnubilación narcisista hacia el líder refuerza los sentimientos de identificación, convicción y pertenencia, produciendo un encono casi erotómano. Para el autor se producen mecanismos que apuntan a instaurar una lógica de servidumbre para i) desproveer a la masa de cualidades y colocarla en la posición de objeto, ii) servirse de significantes amos, iii) legitimar el odio como motor porque el narcisismo abomina lo que hace diferencia y iv) producir sujetos programados y programables.

4. El fascismo opera con nuevas formas de subjetividad dentro de marcos capitalistas y racistas en que se fortalece la necropolítica y la deshumanización de grupos humanos

Se han desarrollado diferentes perspectivas teóricas para el análisis psicosocial de la personalidad autoritaria. Una primera línea, que vimos en apartados anteriores, apunta al campo del análisis de las masas (Le Bon, 1895; Freud, 1939; Reich, 1983), otra línea se orienta al estudio de la personalidad autoritaria, situando el análisis en lo intra-individual (Adorno, 1950). Entre estas perspectivas también se encuentran los enfoques cognitivos que articulan su análisis alrededor de las creencias y los dogmáticos; la psicología social experimental con el estudio de la obediencia ante el fenómeno autoritario y, de manera más reciente, los estudios del autoritarismo como fenómeno intergrupal (Etchezahar; Brussino, 2016).

Sin embargo, Teo (2021) señala que estudiar el autoritarismo es una herramienta importante para el análisis, pero que resulta insuficiente para entender por qué y cómo una persona se vuelve fascista, cómo se con-

figuran sus subjetividades, cómo se encarnan afectos y las motivaciones sociales, y que hace para que opere desde una lógica de crueldad, racismo y deshumanización. Hay que problematizar el fenómeno de fascistización, entendiendo el nexo de lo socio, inter e intra-subjetivo, sin dejar de considerar las circunstancias que permiten su surgimiento.

Podemos entender que la subjetividad fascista actual es diferente y a la vez similar a la originaria, entre otras cosas porque los fascistas aprenden del pasado. Se basa en una ontología socio-relacional centrada en las lógicas del capitalismo que opera a través de dos mecanismos que funcionan con cogniciones afectivas basadas en discursos, imágenes, imaginaciones y prácticas: el racismo y el infra-humanismo (Tèo, 2021).

En estos dos mecanismos el núcleo del fascismo da cuenta de una mentalidad y una política de nosotros contra ellos, que se engrana en el terreno psicosocial, con una política y una cultura de odio, miedo y violencia caracterizada por “un lenguaje de la intolerancia, la demagogia, la paranoia, las teorías de la conspiración, el fanatismo, las falsedades, el militarismo, el nativismo, el racismo, la misoginia, el ultranacionalismo, la visión distópica del mundo y la celebración de la ignorancia” (Stanley, 2018 apud Tèo, 2021, p. 327).

Para entender la lógica de este nosotros contra ellos, la racialización, la inferiorización y la infrahumanización operan como estrategias cognitivas, afectivas y práxicas para denigrar al otro. La racialización funciona, pero la deshumanización es más abarcadora, porque hay sujetos que no pueden ser racializados, pero que son deshumanizados, como los comunistas en la Alemania nazi (Tèo, 2021). Este otro tiene nombres: negro, judío, indio, musulmán, extranjero, refugiado, migrante, intruso, árabe, mujer, pobre, homosexual, comunista, etc. Es el otro extraño y amenazante, depositario de todo lo siniestro (Freud, 1919), homo sacer de la nuda vida (Agambem, 2017), que es utilizado para imponer régimen de separación y expulsión, de las vidas que importan y las que no (Mbembe, 2018).

El odio, como escribe Sartre (2019), implica imaginarse un mundo en que no exista el otro. Deleuze declara:

Y aquí, me parece, la trinidad del fascismo: biopolítica racial, reclamación de espacio vital, esto es , de espacios abiertos, espacios de expansión; la denuncia del enemigo, no como otra persona, sino como agente biológico peligroso, como agente infeccioso, o sea, capaz de contaminar la raza o la civilización, la cultura, etc. Por tanto el genocidio se efectúa en función de las condiciones de sobrevivencia de la

población que lo comete. Se trata de liberar los agentes infecciosos. Es en nombre de la vida y la sobrevivencia del hombre que se efectúa al genocidio” (Deleuze, 2014 apud Ugnh, 2019, p. 141).

El fundamentalismo sustentado en la subjetividad fascista sería opción que brinda seguridad total, apelando a pasados sagrados (Lifton, 1993). Se trata de procesos purificadores que apuntan a supuestas contaminaciones, que impiden una armonía total a la que habría que llegar por medios violentos. Es una inmersión en sistemas ideológicos y conductuales de todo o nada. Los fundamentalismos, según Lifton (1993), pueden entenderse como “militancias anti modernas” que condenan todo tipo de pluralismo y aspiran a supuestas purezas: “política total, autoridad total, ser total” (p. 164). Es el paradigma inmunitario por excelencia (Esposito, 2009).

El *self* fundamentalista que se conforma es paradójico “abraza un sentido de seguridad bajo la protección de un poder último, manteniendo, sin embargo, una vigilancia altamente sospechosa ante un mal y un peligro que siempre amenaza” (Lifton, 1993, p. 168). Mbembe (2018) señala otra vía para legitimar la existencia del otro como enemigo: el principio de defensa ante el estado de inseguridad. La disputa ideológica entre seguridad-inseguridad genera dispositivos de estrategias del miedo, en los que legitiman las formas diferentes de organizar la muerte.

El Estado de seguridad se alimenta de un estado de inseguridad que participa en fomentar y del que pretende ser su respuesta. Si el Estado de seguridad es una estructura, el estado de inseguridad es una pasión, o incluso un estado afectivo, una condición, hasta una fuerza del deseo. En otros términos, el estado de inseguridad es el motor del Estado de seguridad en la medida en que este último, en el fondo, es una estructura encargada de invertir, de organizar y de desviar las pulsiones constitutivas de la vida humana contemporánea (Mbembe, 2018, p. 72).

Klein (2017), por su parte, discute la instalación de mecanismos para afianzar el miedo, naturalizarlo, e instaurar una incapacidad en la población para discernir las amenazas. La instalación del miedo y la angustia constituyen estrategias de control y dominación, cuyo poder es tan efectivo, porque opera como imaginarios de la muerte, a través de tres mecanismos: la parálisis, la desintegración y la desconexión con las personas (Lifton, 1982).

La configuración de subjetividades se componen de una dimensión

cognitiva, expresada en argumentos pseudocientíficos que proporcionan un aparato ideológico para sostener la inferiorización; una dimensión afectiva con apelaciones míticas y propagandísticas que recurre a las emociones para legitimar la subhumanización; y una dimensión simbólica, que se instala dentro de los aparatos productores de estatutos de verdad.

Es central entender que las nuevas formas de subjetividad fascista están vinculadas con el engranaje del capitalismo neoliberal. La lógica del capitalismo se combina con el racismo y/o el sub-humanismo, imponiendo imperativo de acción inmediata que tiene como objetivo la muerte, la erradicación, la expulsión y la destrucción (Teo, 2021). Como apunta Pavón Cuellar: “la paranoia característica de los ultraderechistas únicamente cesa cuando se encuentran ante el capital” (2020, p. 28).

Teo (2021) relaciona la subjetividad fascista con el capitalismo (como ya hemos explicado), el racismo (es interesante que Arendt, en su libro sobre el totalitarismo, exprese que “imperialism would have necessitated the invention of racism as the only possible explanation and excuse for its deeds, even if no race-thinking had ever existed in the civilized world” (Arendt, 2017, p. 239)³ y con la deshumanización de otros grupos humanos; lo que se relaciona con la necropolítica (Mbembe, 2018).

Sobre la violencia, con múltiples formas, ante quienes se niegan a ser “estandarizados” en el sistema hegemónico, Pavon Cuellar (2020a) destaca que “esta violencia es aquello que se desata contra lo que no se deja simbolizar y racionalizar, discriminar o inferiorizar, en función de aquella despiadada lógica vertical y unidimensional del capitalismo y su expresión ultraderechista” (Pavon-Cuellar, 2020b, p. 54), y que “al no poderse traducir la diferencia en desigualdad en la escala vertical establecida por el sistema capitalista, se ha recurrido a la violencia para excluir o eliminar la diferencia” (IB, p. 55). Hay que “segregar lo inasimilable para universalizar lo asimilable al capitalismo” (Pavon-Cuellar, 2020a, p. 29).

Si algo caracteriza el pensar y actuar de los sectores extremistas de derecha es la oposición contundente a cualquier noción de igualdad, a los igualitarismos (Pavon-Cuellar, 2020a). Se trata de una opción enérgica por la desigualdad que busca “preservar los privilegios, se rechaza los derechos humanos universales, se afirma la superioridad de ciertas clases y naciones, se impugnan las políticas distributivas” (Pavon-Cuellar, 2020b, p. 47) a la

³ El imperialismo hubiera necesitado la invención del racismo como la única explicación posible y como excusa por sus acciones, aun si el pensamiento basado en la raza nunca hubiese existido en el mundo civilizado.

vez que se proclama la inferioridad racial y se humilla a mujeres y homosexuales.

Establecida la afinidad electiva entre capitalismo y subjetividad fascista, Reich, en la siguiente afirmación, subraya la función que juega el discurso fascista ante las contradicciones y tensiones sistémicas generadas por un capitalismo en desarrollo, o en decadencia: “el discurso posee una gran fuerza emocional que fascina al apolítico y al hombre común, pues les brinda un medio de aliviar la tensión y trasladarla así del interior al exterior bajo la forma perversa del odio racial, la violencia y la agresión” (Reich, 1983 apud Dorna, 2003, p. 171).

El capital parece ser lo único sagrado. Como apunta Pavón-Cuellar (2021), el capitalismo incorpora en su engranaje las violencias estructurales hacia ese otro:

El capitalismo tiende a englobar las violencias estructurales del otro porque tiende a privatizar y acaparar el goce del otro. Esta privatización y acaparamiento, que ha llegado a su punto culminante en el neoliberalismo, se explica a su vez por la creciente subsunción del Otro, del sistema simbólico de la cultura, en el sistema económico del capitalismo, un sistema que va eliminando los obstáculos que se oponían a él y que así opera de modo cada vez unívoco, absolutizado, totalitario, incondicionado, libre, desregulado (p. 110).

5. Las subjetividades fascistas no son asuntos de mero retorno al pasado, sino que tienen características actuales, disruptivas y rebeldes

Reich (1983) distingue el aspecto revolucionario de la ideología fascista, que no quiere retornar a un estado de cosas anterior, sino movilizar anhelos de cambio de los sujetos: “las masas del fascismo son de índole subjetivamente revolucionarias y objetivamente reaccionarias” (Reich, 1973 apud Dahmer, 1983, p. 281). Podemos fácilmente establecer el paralelo con formaciones y movimientos contemporáneos, que de ninguna manera pueden calificarse como conservadores. Tampoco consideraba Reich (1983) al fascismo como un asunto pasajero, o como algo que no haya que tomar en serio. Ya hemos pagado un alto costo por no haber calibrado, en forma oportuna, al fundamentalismo y sus extremismos, y es claro que la psicología social latinoamericana no se ha ocupado lo suficiente

de estos temas, incluyendo las características psicosociales de los sectores medios, que suelen ser muchas veces base de apoyo de estas tendencias sociopolíticas.

En una conferencia dictada en Venezuela, el filósofo argentino León Rozitchner (2003) admitía como se habían equivocado diversos sectores ante las señales de peligro sectores, previos al dominio militar dictatorial-fascista. Por su parte, Alejandro Dorna (2013), advertía que:

La historia ha juzgado a aquellos que, por negligencia o ignorancia, descuidaron la presencia y la circulación de las ideas totalitarias. Como los políticos antifascistas de ayer, que nunca se tomaron el trabajo de leer los escritos de Hitler y de los ideólogos nazis de la época, los demócratas de hoy tienden a olvidar la doble y terrible experiencia de las dictaduras totalitarias: las víctimas no ven venir a los verdugos, y los estados democráticos no ayudan (o muy poco) a los demócratas vencidos (p. 49).

Estamos llamados a entender que las inclinaciones protofascistas han cobrado nuevas dimensiones disruptivas y rebeldes, que, como hemos señalado, exigen análisis que aborde el nexo entre las dimensiones socio, inter e intra subjetivas (Teo, 2021). Se requiere cuestionar los dispositivos ideológicos que sostienen el poder del statu quo y los mecanismos psicosociales que garantizan la reproducción del capitalismo neoliberal, y que, ante sus crisis, producen nuevas formas de subjetividad fascista.

6. Reflexiones finales

En tiempos de sacudidas políticas y sobresaltos de sistemas hegemónicos marcados por profundas desigualdades y carcomidos por sus propias insuficiencias y contradicciones, en que con mucha frecuencia se expresan las insatisfacciones y protestas de sus pobladores y pobladoras, parecería ser una tarea de primer orden explorar detenidamente cuando ese malestar acumulado puede detonar violencia extrema, agudizar discriminaciones, y, sobre todo, estimular e implementar odios.

Nuestra América Latina pasó, en décadas recientes, por su cruenta etapa de dictaduras militares de seguridad nacional, en las que fueron maltratadas y eliminadas muchas personas, para pasar posteriormente, después de un corto brote de movimientos revolucionarios fuertes en algunos países, a una “democracia forzada” en que se pudieron ejercer con más

soltura algunas características de la democracia liberal, pero carentes de transformaciones profundas, para luego acelerar a marcha forzada la neoliberalización de la vida social, política y económica (Arroyo; Dobles, 2020) puesta en aun mayor tensión en años recientes con el covid-19, siempre bajo la mirada atenta, que también produjo acciones regresivas, de una reforzada tutela imperialista, con sus presiones, agresiones y políticas de sanciones.

Hoy en día, el malestar acumulado, el revanchismo de los sectores opulentos y dependientes que habían sido desplazados, en una breve historia de gobiernos progresistas, y un revivir del racismo y de odios intensos han generado en diversos escenarios eventos violentos, disruptivos, con agresividad iracunda, que ha puesto en jaque a actos electorales y a las instituciones públicas, agredidas y debilitadas, con un entusiasmo celebratorio de millones de personas.

En este contexto se hace necesario intentar contribuir al esclarecimiento psicosocial de estos fenómenos. Como hemos dicho ya, a un esfuerzo de este tipo se le coloca usualmente el contraargumento de la diversidad, toda vez que la furia iracunda organizada se expresa de manera diferente en Argentina, Perú, Brasil o Costa Rica, por mencionar algunos escenarios. Dado este hecho, hemos contraargumentado que pretendemos enfocar lo que puede haber de común en muchas de estas expresiones de desagrado acumulado. Para ello, hemos recurrido a autores y autoras como Arendt, Sternhell, Snadjer, Asheri, Sawaia, Adorno, Mbembe, Dorna, Horkheimer, Lifton, Pavon Cuellar, Freud, Moscovici, Thomas Teo, y, particularmente, a las genialidades inquisitivas de Wilhelm Reich en su época militante, así como a nuestras propias intuiciones y observaciones. Es, evidentemente, una discusión muy compleja, que requeriría elaboraciones más desarrolladas. Sin embargo, concluimos que nuestra propuesta puede contribuir a articular miradas más integradoras, y, por lo tanto, de mayor sustento.

Hemos ofrecido argumentos a lo largo del texto, que sustentan los cuatro ejes esbozados en la introducción, en un marco que incluye dimensiones históricas, políticas y psicosociales. Nos parece claro que el fortalecimiento de subjetividades fascistas amenaza muy directamente las aspiraciones a sociedades más amables, más igualitarias, protectoras de derechos humanos, con participación democrática en la definición de sus prioridades y tareas. Parece, además, una amenaza existencial a las tareas más nobles y humanas de la propia psicología. Es, por lo tanto, un desafío teórico-conceptual, práxico, ciudadano, humano, ético, enfrentar estas ex-

presiones regresivas de la mejor manera. Con Thomas Teo, estamos convencidos de que no se trata de esbozar únicamente un “antifascismo de seminario”, sino de desarrollar una praxis consecuente, con una perspectiva que apunte a las constricciones que marcan a estructuras socioeconómicas como las del capitalismo neoliberal (Arroyo; Dobles, 2020) y que incorpore también la denuncia y la movilización social.

Referencias

- ADORNO, Theodor. *Consignas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1950/2003.
- AGAMBEN, Giorgio *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Madrid: AH editors, 2017.
- ARENDDT, Hannah. *The origins of totalitarianism*. Penguin Books, 2017.
- ARROYO, Helga; DOBLES, Ignacio. *Neoliberalismo y afectos. Derivaciones para una praxis psicosocial liberadora*. San José, Editorial Arlekin, 2020.
- BARROS, Marcelo. *Anatomía de la modernidad*. Buenos Aires: Grama Editores, 2021.
- BOBBIO, Norberto. *Ensayos sobre el fascismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- DAHMER, Helmut. *Libido y Sociedad*. CDM, Siglo XXI, 1983.
- DORNA, Alejandro. *La democracia ¿Un espejismo?* CDM, Lumen, 2003.
- DOBLES, Ignacio. *Wilhelm Reich y el fascismo*. *Actualidades en Psicología*, 19, 106, 97-112, 2003.
- ETCHEZHAR, Edgardo; BRUSSINO, Silvina. *Perspectivas psicológicas en el estudio del autoritarismo*. In: MAGAÑA, Irene; DORNA, Alexandre; TORRES, Iván (org.). *Contribuciones de la Psicología Política en América Latina: Contextos y Escenarios Actuales*. Buenos Aires, RIL editores, 2016. p.85.
- FALASCA, Simonetta. *Of storytellers and master narrative: modernity, memory and history in fascist Italy*. In: Olick, J. (org.) *States of memory. Continuities, conflicts and transformations in national retrospection*, Duke University Press, 2003.
- FEST, Joachim. *Hitler: una biografía*. Madrid, Planeta, 2015.
- FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1930/1997.
- FREUD, Sigmund. *Psicología de las masas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1939/1997.

FREUD, Sigmund. Lo siniestro. Madrid, Biblioteca Nueva, 1919/1997.

GENTILE, Emilio. El fascismo y la vía italiana al totalitarismo. In: Pérez Ledezma, M (org.) Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo. Madrid: Pablo Iglesias, 1973. p. 25.

HORKHEIMER, Max. Sociedad en transición: estudios de Filosofía Social. Barcelona, Planeta-Agostini, 1986.

HORKHEIMER, Max; ADORNO, Theodor. Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos. Madrid, Editorial Trotta, 2001

KERSHAW, Ian. La dictadura nazi. Principales controversias en torno a la era de Hitler. CDM, Siglo XXI Editores, 2004.

KLEIN, Naomi. La doctrina del Shock. New York: Henry Holt and Company, 2007.

LE BON, Gustav. Psicología de las Masas. 1895. Disponible em: <https://upendigital.org/~ciper/biblioteca/Filosofia%20moderna/Psicologia-de-las-masas-G.-Le-Bon.pdf>

LIFTON, Robert Jay. The protean self. Human resilience in an age of fragmentation. New York, Basic Books, 1993.

LIFTON, Robert Jay. The Broken Connection. Nueva York, Basic Books, 1982.

MARTÍNEZ, Manuel. La función social y psicológica del mito. Revista Káñina, 35 (1), 187-199, 2011.

MBEMBE, Achille. Necropolítica. São Paulo: n-1 edições, 2019.

MBEMBE, Achille. Políticas de la enemistad. Ned Ediciones, Edición de Kindle, 2018.

MOSCOVICI, Sergei. La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas. CDM, Fondo de Cultura Económica, 1985.

PAVÓN-CUELLAR, David. El giro del neoliberalismo al neofascismo: universalización y segregación en el sistema capitalista. Desde el jardín de Freud, 20, 19-38, 2020a.

PAVÓN-CUELLAR, David. La violencia en la ultraderecha latinoamericana. La opción por la desigualdad y lo real del capitalismo. In: Falleti, E., Juárez, E.M., y Delgado, (coord) Política y Violencia. Aproximaciones desde la psicología social. Ciudad de México: Zaracota y UAM-X, 43-58, 2020b.

PAVÓN-CUELLAR, David. El vampiro del capital y su pulsión de muerte: vigencia de Marx y Freud ante las actuales violencias estructurales del capitalismo. Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, [S. l.], v. 62, n. 163, p. 103-114, 2023. Disponible em: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filosofia/article/view/55063>. Acceso em: 10 jul. 2023.

- PALMA, Cristian. ¿Qué puede decir el psicoanálisis sobre la ética frente al fascismo?. Desde el Jardín de Freud, 19, 219-238, 2019.
- REICH, Wilhelm. Psicología de masas del fascismo. Barcelona, Bruguera, 1983.
- ROSENBAUM, Ron. Explaining Hitler. Harper Perennial, 1998.
- ROZITCHNER, León. Freud y el problema del poder. Buenos Aires, Editorial Lozada, 2003.
- SARTRE, Jean. Reflexión sobre la condición judía. Barcelona, Editorial Seix Barral, 2005.
- SAURET, Marie-Jean; ASKOFARÉ, Sidi; PELÁEZ, Gloria. Violencia, segregación y exclusión. Paradojas actuales. Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Edición de Kindle, 2021.
- SAWAIA, Bader. “Prólogo: a dimensão ético-ontológica da violência”. In: SAWAIA, Bader; ALBUQUERQUE, Renan; BUSARELLO, Flavia; PURIN, Glaucia. Afecto e violencia: lugares de servidão e resistência, pp. 33-44, 2020.
- SPINOZA, Baruch. Ética demostrada según el orden geométrico. Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- SOREL, George. Reflexiones sobre la violencia. Buenos Aires, Editorial la Pléyade, 1908/1978.
- STERNHELL, Zeev; SZNAJDER, Mario; ASHERI, Maia. El nacimiento de la ideología fascista. CDM, Siglo XXI, 1994.
- TEO, Thomas. Essay on Fascist Subjectivity. In I. Strasser and M. Dege (eds.), The Psychology of Global Crises and Crisis Politics, Palgrave Studies in the Theory and History of Psychology, 2021 https://doi.org/10.1007/978-3-030-76939-0_1
- UHING, Domenico. Psicología, política e Esquizoanálisis. Campinas, Alinea Edit, 2019.